

# Difama, que algo queda: el escándalo político

## JORGE BRAVO

...cada vez que sucedían tenían el efecto de conseguir  
que los hombres retornasen a sus principios...  
Maquiavelo

Los tres primeros años del sexenio de Vicente Fox se han caracterizado por el surgimiento de escándalos desatados en el seno de la élite en el poder. El primer caso que despertó la indignación de la sociedad fue el Toallagate. Ninguno de los cuatro principales partidos políticos en México ha escapado al develamiento -por parte de los medios de comunicación- de alguna irregularidad. Sin embargo, los escándalos políticos involucran por igual a personajes públicos (incluidos individuos de la farándula y empresarios) e instituciones del Estado. Los escándalos son una constante en la llamada “era de la información”. Por ello resulta oportuno referirnos al libro del sociólogo inglés John B. Thompson: El escándalo político. Poder y visibilidad en la era de los medios de comunicación (Paidós, 2000).

Thompson define el escándalo como “aquellas acciones o acontecimientos que implican ciertos tipos



de transgresión que son puestos en conocimiento de terceros y que resultan lo suficientemente serios para provocar una respuesta pública”. El autor distingue tres tipos de escándalos políticos: sexuales, financieros y de poder. En todos los casos el escándalo consiste en la transgresión de valores, normas o códigos morales y en su pública exposición con su consecuente impacto en la opinión de los ciudadanos.

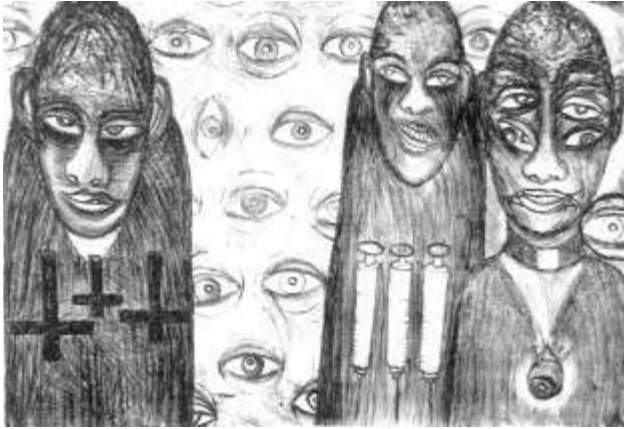
Si contemporalizamos los tipos de escándalos políticos, podemos decir que en México el caso Trevi-Andrade se trata de un escándalo sexual. Los asuntos Pemexgate y Amigos de Fox (además de los casos Belsasso, Niño Verde, Bejarano...) son típicos escándalos financieros, los cuales implican malversación de recursos económicos. Finalmente, la serie de revelaciones en torno a la “guerra sucia” y sus presuntos auspiciadores (Echeverría y Nassar Haro) pertenecen a los escándalos de poder.

La característica de los escándalos políticos es que en ellos están involucrados individuos y/o instituciones que se hallan dentro de la esfera política y sus repercusiones afectan a la misma. Esta “esfera política” es el espacio donde actúan e interaccionan quienes buscan adquirir o ejercen el poder político. Los dirigentes de hoy (y quienes aspiran a serlo) saben que están obligados a utilizar los medios de comunicación para la consecución de sus fines (sin los cuales no alcanzarían nada); pero ello los coloca en una situación impredecible, de riesgo constante y de vulnerabilidad por la propia dinámica informativa de las empresas mediáticas y las estructuras de poder. La visibilidad mediática (tan necesaria para el dirigente político de nuestros días) puede fácilmente salirse de control y volverse contra quienes originalmente la buscaron. Los escándalos no sólo interrumpen las carreras políticas más prometedoras, de hecho pueden destruirlas. Propician auténticas tragedias personales, aunque en ocasiones los protagonistas de los escándalos puedan resultar fortalecidos (si saben y pueden apro-

vecharlo) de la serie de revelaciones, como le ocurrió a Bill Clinton en el caso Mónica Lewinsky, un típico caso de escándalo sexual.

Los escándalos mediáticos no son un fenómeno reciente. Éstos existen a partir del surgimiento de una cultura impresa mediante panfletos y libelos, la mayoría de ellos de carácter sensacionalista y moralizador. Así pues, la revelación en los medios de comunicación de actividades previamente ocultas y moralmente ignominiosas, cuya pública exposición ocasiona una serie de sucesos de consecuencias diversas, surgió a finales del siglo 18 y principios del 19. Pero fue en el siglo 20 cuando el desarrollo de las nuevas tecnologías en comunicación incrementó la visibilidad de las figuras públicas y, por lo tanto, el riesgo de verse envueltas en escándalos. Fue el caso Watergate en 1972 (cuando el Presidente Nixon se vio obligado a dimitir después de que los periodistas Bob Woodward y Carl Bernstein revelaron el intento de instalación de equipo de espionaje en el cuartel general del Comité Nacional Democrático en Washington) el paradigma de escándalo político cuyo desarrollo de los acontecimientos produjo enormes perjuicios políticos, hasta el grado de provocar la renuncia del presidente en turno.

John B. Thompson es académico de la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Con El escándalo político obtuvo el prestigioso Premio Amalfi de Sociología y Ciencias Sociales. Thompson se suma a los sociólogos contemporáneos (desde Paul F. Lazarsfeld, el pionero) quienes se han interesado por las implicaciones de los mass media, tal es el caso de Niklas Luhmann, Pierre Bourdieu, Alain Touraine, etcétera. Cabe destacar que tradicionalmente han sido los sociólogos (incluidos Wright y McLuhan), y no los comunicólogos, quienes han elaborado los estudios más destacados y consistentes en materia de medios de comunicación. Antes de El escándalo político, el autor publicó Ideología y cultura moderna y Los media y la modernidad. En sus libros



Rubén Maya

Thompson analiza los medios de comunicación en la era moderna. Su argumento fundamental consiste en que el desarrollo de los mass media ha transformado el estatuto espacial y temporal de la vida social, creando nuevas formas de acción e interacción extrañas a la idea de compartir un espacio físico común. Las consecuencias de esta transformación afectan tanto las experiencias personales, la naturaleza del poder y la visibilidad en el dominio público. De esta manera, Thompson coloca a los medios de comunicación como uno de los elementos centrales en la configuración de la vida moderna.

La “teoría social del escándalo” (única en su tipo) propuesta por Thompson sugiere que todos los escándalos políticos significan contiendas por la obtención y el control del poder simbólico y sus fuentes. El poder simbólico es “la capacidad de intervenir en el curso de los acontecimientos, influir en las acciones y creencias de otras personas y de hecho poder crear así, mediante la producción y transmisión de formas simbólicas, ciertos tipos de acontecimientos”. Las fuentes son la reputación y la confianza de quienes están en juego en la lucha por el poder. Los escándalos tienen la misión fundamental de socavar (aunque no siempre lo consigan) la reputación de los individuos; de exhibir la deshonestidad, la hipocresía y el engaño de los mismos. La reputación, la confianza y la credibilidad son recursos simbólicos fundamentales de las figuras y las instituciones públicas.

La arena mediática es, pues, el escenario estratégico donde acontece la lucha por el poder político y simbólico. Los medios de comunicación operan como un “dispositivo” que enmarca los acontecimientos, concentran la atención sobre un individuo y/o institución e impiden que esa atención disminuya. Se prestan al juego de revelaciones, alegaciones y desmentidos que caracterizan a los escándalos. Propician, estimulan e intensifican las supuestas acciones de quienes se encuentran en el epicentro del escándalo. Los “medios son el lugar (donde) se crean, se consolidan y, en ocasiones, se destruyen” las relaciones de quienes participan en la esfera política.

Las empresas de comunicación se sienten especialmente propensas a desatar escándalos por cuatro razones que Thompson menciona en su libro: por los beneficios económicos (“el escándalo vende”); por los objetivos políticos del medio; por la propia imagen profesional de los periodistas, pues son ellos quienes revelan al público los hechos escandalosos; y por las rivalidades de competencia entre los propios periodistas y las instituciones mediáticas.

La “cultura política del escándalo” mencionada por Thompson consiste en la cada vez más constante visibilidad de los dirigentes políticos, los avances tecnológicos y de vigilancia en materia de comunicación, los cambios en el ejercicio periodístico y en la práctica política y la presencia de nuevos mecanismos legales en la vida pública. Todo ello en contextos de intensa lucha partidista y de empresas comunicativas con una cada vez mayor independencia informativa.

Otro de los planteamientos fundamentales de Thompson busca erradicar la idea muy socorrida por periodistas, analistas y académicos de que los escándalos mediáticos son fenómenos superficiales o frívolos. Thompson discrepa de la percepción común de que los escándalos “trivializan” el debate y el discurso político, de que son historias sensacionalistas relacionadas con indiscreciones personales que sólo buscan distraer la

atención de los individuos respecto de los temas fundamentales de la sociedad: la pobreza, el desempleo, la inseguridad, la salud pública, etcétera.

Para Thompson los escándalos sí son importantes porque afectan a las auténticas fuentes de poder y porque ocurren por igual en los distintos regímenes políticos, aunque son las democracias liberales las más propensas a sufrirlos debido a un mayor grado de independencia de los medios de comunicación. Asimismo nos enseñan la forma como se ejerce el poder en las sociedades actuales y su evidente fragilidad. Los escándalos mediáticos son “acontecimientos ubicados”, insertos en circunstancias y contextos específicos y en los cuales están involucrados individuos e instituciones particulares. Todos los escándalos “no se limitan a suceder: son traídos al mundo” por los medios de comunicación y por quienes participan en las relaciones de poder. Thompson considera que el escándalo en una tradición histórica, un rasgo generalizado de la vida social y política contemporánea. En última instancia, los escándalos cumplen una función democratizadora al descubrir actividades hasta entonces ocultas y de dudosa honestidad, que ponen énfasis en la conducta y en la rendición de cuentas de los gobernantes.

Ciertamente los escándalos generan una serie de consecuencias en la vida política. Contribuyen a una desconfianza generalizada y al debilitamiento de las formas de gobierno, consideradas por el grueso de la población como mancilladas o corruptas. Producen una especie de “parálisis política” porque los dirigentes se ven en la obligación de consagrar tiempo y esfuerzo político en apuntalar las administraciones dañadas por la proliferación de escándalos. Todo ello ocasiona una politización regresiva porque en la sociedad impera la desconfianza, la suspicacia y niveles bajos de interés y participación política, aunado a cierta sensación de hartazgo y de aburrimiento ante la profusión de escándalos en los mass media.

De esta manera, los escándalos políticos no sólo están lejos de erradicarse; posiblemente seamos testigos de una aparición cada vez más constante y sistemática de ellos. Ciertamente existen medidas para intentar responder a su efecto demoleedor, como es el caso de generar más transparencia en el ejercicio del poder público, exigir mayores responsabilidades a los gobiernos, establecer pautas de conducta claras para los funcionarios y construir mecanismos legales que posibiliten la rendición de cuentas para combatir los abusos de poder y la impunidad.

Sin embargo, en las sociedades modernas donde los personajes públicos han adquirido mayor visibilidad como consecuencia del desarrollo de las instituciones mediáticas, asimismo más independientes y profesionales, en regímenes también más liberales y democráticos, parece indicarnos que el escándalo político será –como afirma Thompson– el rasgo característico de la vida política y social actual. Esperemos que los escándalos coadyuven –como dijo Maquiavelo– a que los seres humanos (particularmente quienes viven de o para la política) retornen a los principios democráticos.

